
FÉLIX J. PALMA

ESCRIBIR



ES DE

LOCOS

Las claves para enfrentarse
a la página en blanco

DESTINO

Félix J. Palma

Escribir es de locos

Las claves para enfrentarse
a la página en blanco

© Félix J. Palma, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-233-5757-4
Depósito legal: B. 5.699-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Prólogo	11
1. La madriguera del conejo	17
2. A la caza de la ballena blanca	29
3. El mapa del merodeador contra la brújula dorada	47
4. De cómo Superman salvó a Lois Lane	63
5. Esferas y poliedros.....	79
6. La piedra estelar y el témpano de hielo	99
7. El desorden de tu trama.....	115
8. Narradores habituales	135
9. El ritmo en la sangre	151
10. Cuestión de estilo	161
11. Cómo llegar a los escaparates	189
12. Vida de escritor o bienvenido a la jungla.....	205

CAPÍTULO I

LA MADRIGUERA DEL CONEJO

NO SE TRATA DE CÓMO EMPEZAR, SINO DÓNDE

La mayoría de los manuales de escritura empiezan recomendando al aprendiz de escritor que, antes de sentarse a escribir, se fabrique un espacio de escritura, ya sea en su propia casa o en cualquier otro lugar en el que se encuentre cómodo, como una biblioteca o una cafetería, por citar solo un par de propuestas lógicas, porque en esa búsqueda del espacio de escritura no hay que hacer ascos a ningún lugar si en él nos sentimos a gusto para crear. Y aquí se suele citar como ejemplo paradigmático a Carver, que escribía en su coche, presumiblemente aparcado, sin olvidarnos de Onetti y Proust, que escribían reclinados en la cama, como enfermos de neumonía, ni mucho menos de Hemingway, que, para llevarles la contraria, escribía de pie, con sus inmensas pantuflas asentadas sobre una piel de antílope que se había traído de uno de sus safaris africanos.

Aparte del lugar físico, también se recomienda a los escritores primerizos que conquisten un espacio de tiempo, es decir, que reserven unas horas en su rutina diaria para escribir. Y lo más importante: que las personas que conviven con ellos respeten ese momento. Tras la puerta

está teniendo lugar la alquimia de la escritura, así que solo si la casa se quema o el hámster amenaza con suicidarse, han de irrumpir en su cubil.

Es posible que en este primer punto el aprendizaje de escritor ya tire la toalla, porque, aunque pueda parecerlo, ninguna de las dos cosas son sencillas de conseguir, especialmente la primera. Dadas las escasas dimensiones de los pisos actuales, basta con que apenas hayas empezado a formar una familia para que no puedas agenciarte una habitación como despacho sin atentar contra el espacio común. A veces es un lujo que ni los escritores profesionales pueden permitirse. Yo mismo, durante mucho tiempo, fui un escritor sin despacho, y no puedo descartar del todo que, por esos vaivenes de la vida, bastante frecuentes en la precaria existencia de los escritores, pueda perder el despacho en el que ahora escribo estas palabras.

UN DESPACHO CON VISTAS

No sé si les sucederá lo mismo a otros escritores, pero en mi caso, desde que empecé a escribir, comencé a ambicionar un despacho ideal en el que poder hacerlo, al principio de un modo vago y, más adelante, cada vez más preciso. Gran parte de la culpa de esta obsesión mía por los despachos —no sé si será algún tipo de perversión sin catalogar, pero los muebles de oficina y los despachos de las revistas de decoración ejercen un embrujo pseudoerótico sobre mí— la tuvieron los suplementos culturales que leía en mi juventud, donde con frecuencia los escritores del momento eran entrevistados a doble página en sus imponentes estudios. Recuerdo que, salvo alguna excepción, en su mayoría eran habitaciones amplias de pisos antiguos, con pedigrí. En mitad de tan

vasto espacio solía reinar una mesa descomunal e historiada, rebosante de montañas de carpetas y papeles, insinuando que su dueño vivía inmerso en una actividad frenética, que batallaba en mil frentes a la vez. Generalmente estaba respaldada por unas estanterías sin duda hechas a medida, atestadas de libros, en cuyos bordes se acumulaba, como en un pintoresco mercadillo, una colección de objetos dispares, cosechados a lo largo del quehacer de escritor: regalos, esculturas de algún premio con solera, fotos de sus escritores preferidos, fetiches de cine, postales de la tumba de Rilke, un poema corregido de Pessoa, un facsímil de la firma de Dickens, toda esa cacharrería a la que solo dan valor los escritores. Recuerdo especialmente la foto de cierto escritor escribiendo en su buhardilla, iluminado como una deidad por el sol sesgado que se filtraba por el tragaluz. Y a otro escritor periférico en el estudio que tenía en un caserón de piedra, con un ventanal desde el que se observaba a los mirlos revolotear en su jardín.

Supongo que la indeleble huella que dejaron en mí esos reportajes se debía a que por aquellos años yo escribía en mi propio dormitorio, que además compartía con mi hermano Carlos, que también hacía sus pinitos en la escritura. Allí, bajo la ventana, había una mesa destartalada de uso común que debíamos ocupar por turnos. Eso obligaba al eventual desahuciado a peregrinar por la casa en busca de otro espacio para escribir. Las alternativas eran el salón, donde tronaba la tele, o, si hacía bueno, la terraza, entre el tendedero y el arenero del gato. Pero la mesa compartida te obligaba sobre todo a recoger tus bártulos cada vez que terminabas de escribir y devolverlos al cajón donde los guardabas, para dejar la superficie de nuevo vacía, un trasiego de material que añadía una nota de pereza al proceso de escritura. A veces hasta te cuestionabas si para

media hora merecía la pena realizar aquel despliegue de cuadernos, diccionarios y demás.

Yo empecé a medirme con la escritura cuando los ordenadores eran una ensoñación fantástica que nadie podía sospechar que destronaría a la máquina de escribir. Escribía a mano en folios en blanco, sujetos con un clip, y luego los mecanografiaba a dos dedos, picando las teclas como un pájaro carpintero. Algún tiempo después, mi padre nos compró una especie de híbrido entre máquina eléctrica y ordenador, con un visor rectangular donde podías ver siete u ocho líneas de lo escrito. El trasto solo disponía de memoria para ocho páginas, lo cual te obligaba a encajar el relato que estabas escribiendo en esa extensión. No sé de dónde lo sacó. A veces creo que lo soñé, porque fue uno de esos artilugios que parecían destinados a revolucionar el mundo y solo tuvieron una vida efímera, como el LaserDisc.

Con la llegada de los ordenadores, el trabajo de escritor se volvió mucho más cómodo, dónde va a parar. Aunque en mi caso necesité un periodo de adaptación bastante largo. Durante mucho tiempo lo usé solo para mecanografiar lo escrito a mano. Si escribía directamente en el ordenador, sobre aquellas primeras pantallas negras donde las palabras iban desfilando como hormigas bañadas en oro, cualquier frase se me antojaba bonita y definitiva. Y yo estaba acostumbrado a sudar sobre la página, donde tachaba cada frase y la retocaba una docena de veces hasta que sonaba como quería. Luego mi ritual de escritura evolucionó y ahora escribo directamente en el ordenador, tanto que mi letra se ha deformado y ni yo la entiendo. Cuando ojeo aquellos primeros cuentos manuscritos, que aún conservo en una carpeta, llenos de flechas y tachaduras, donde se ve mi pelea con los adjetivos, el proceso de forja de cada metáfora, me enternece pen-

sar en aquella joven versión mía que tanteaba el lenguaje como quien se interna en un territorio inexplorado, sin más guía que su intuición.

EN BUSCA DEL DESPACHO IDEAL

Cuando me mudé de ciudad para estudiar la carrera universitaria, logré al fin una habitación propia, como Virginia Woolf. Pero mi lugar de escritura, una pequeña mesa de ordenador y alguna estantería robada del salón, distaba mucho de aquellos despachos idílicos que me atormentaban en sueños. Fue en esos amagos de despacho que se sucedían a medida que nos mudábamos de piso donde di forma a mi primer libro de cuentos, *El vigilante de la salamandra*, en un PC ya más sofisticado, mientras en mi mente mi despacho ideal se iba redecorando una y otra vez. No afirmaré que la posibilidad de que aquella imagen se concretara de una vez por todas fuera la causa de que, años después, me mudara a vivir con mi primera mujer, pero tampoco puedo negar que oírla decir, al enseñarme la casa, «y esta habitación podría ser tu despacho» no fuera un aliciente más.

Recuerdo que el día de la mudanza entré en aquella habitación y dejé escapar un suspiro de satisfacción: por fin. Sí, por fin, tras haber parido mi primer libro sin despacho, ahora iba a tener uno. ¿Qué maravillas podría escribir allí? Me obligué a embridar mi excitación. Debía amueblarlo con mimo de estrategia, no precipitarme en mis decisiones, ser inteligente. No quería equivocarme en la elección ni distribución de los muebles. Pero me equivoqué. Era la primera vez que amueblaba un despacho, y toda la planificación que había soñado no me valía, porque ni las dimensiones de la habitación eran equi-

parables con las de mis sueños ni disponía de un ventanal al mar, cuyas olas me arrullarían en la escritura. Amueblar un despacho es aprender a conocerte a ti mismo: descubrir que prefieres la mesa contra la pared que en medio de la habitación, que las estanterías deben estar a mano, que si no hay espacio para que entre con holgura un sillón de lectura mejor no meterlo, porque no harás más que chocar con él, y cosas así. A aquel despacho le han seguido seis más —una buhardilla a la que una misteriosa humedad obligó a destripar parte del techo cuando iba por la mitad de una novela, una terraza acristalada que tuve que forrar de gruesas persianas para que los destellos del sol en mi flamante Mac no me cegaran, una habitación tan inmensa como la de mis ensoñaciones, pero con un bar tan ruidoso abajo que los diálogos de mis personajes se mezclaban con los de la clientela, revelando su artificio...— y lo único que puedo decir es que el despacho ideal no existe, aunque cada vez me acerco más a la perfección, pues el actual, aunque demasiado pequeño, está distribuido de manera inteligente. Uno va siendo perro viejo.

La mayoría de mis amigos y conocidos son escritores, y ello me ha ofrecido la oportunidad de ver más despachos que al resto de los mortales. Así que, con los años, he podido comprobar que aquellos despachos soñados son una *rara avis* en el gremio. Cada uno debe ceñirse a las dimensiones que tiene. He visto a escritores atrincherados en despachos minúsculos, en habitaciones atiborradas de juguetes de sus hijos, e incluso a un escritor superventas que ni siquiera tenía despacho y escribía en un rincón del salón, con el gato de la familia durmiendo sobre el monitor, el televisor divagando y teniendo que bajar a por huevos o leche en mitad de la descripción de una batalla naval. Por eso decía al principio

que lograr el segundo requisito puede ser tan difícil como el primero.

Pero también he visto algún que otro despacho espectacular. Despachos que con solo verlos sientes en los dedos ese cosquilleo que solo se calma escribiendo. Una vez, un vecino de mi pueblo que escribía libros sobre los personajes locales me enseñó el despacho que se había construido a medida en su impresionante buhardilla y tuve que aguantar las lágrimas al ver aquel paraíso de maderas nobles en el que hasta el ordenador estaba oculto por una hermosa capota de nogal. Y con el tiempo comprendí, tras tantos despachos vistos, que el lugar de escritura no influye en la calidad de la obra, por mucho que pueda parecerlo, como demuestran todos los autores clásicos que a lo largo de la historia escribieron sus obras maestras en auténticos cuchitriles.

Pero si hubo un estudio que me impresionó fue el que José Manuel Caballero Bonald tenía en su chalet de Montijo. Situado en la última planta, era una especie de atalaya, a la que se accedía por una retorcida escalera de barco, desde donde se divisaba el río con la cenefa del coto de Doñana al fondo. Allí pretendía escribir sus memorias, nos dijo, y eso ya acabó de desarmarme. En aquel marco incomparable no solo iba a escribir, sino que iba a corregir su vida, porque el sentido de toda vida depende de cómo se cuente. De aquella visita hace más de veinte años, y desde entonces no he dejado de soñar con la posibilidad de escribir mis memorias en un escenario similar. Pero para eso no solo hay que forjar una obra lo suficientemente sólida como para que tus memorias interesen a los lectores, sino que tu vida ha de ser igualmente interesante. Dos requisitos que no cumplo, obviamente. De modo que imagino que este libro será lo más parecido a unas memorias que escribiré nunca.

Hay también escritores que, aun teniendo despachos, prefieren escribir fuera de casa, en cafeterías, bibliotecas y sitios así. Supongo que se sienten mejor escribiendo mientras perciben el pulso de la vida a su alrededor que a solas consigo mismos en un cuartito. Parece que así el solitario trabajo de juntar letras es menos solitario, un poco más social. Cortázar escribía en los cafés de París, por ejemplo, y conozco a algunos amigos que escriben en cafeterías, donde incluso tienen una mesa reservada. Es algo que yo nunca he hecho, la verdad. Para mí, escribir es algo íntimo, y no me gusta hacerlo en público. Me costaría concentrarme rodeado de gente, hacer en público las muecas, los aspavientos o lo que sea que haga en el trance de la escritura. Las veces que, movido por el deseo de *sentirme* escritor, me he sentado a una mesa de algún café cuyo ambiente me gustaba particularmente y he encendido el portátil, apenas he escrito un párrafo. Siempre me ha parecido más una pose que un trabajo eficaz. Por eso mismo tampoco puedo escribir en aeropuertos ni trenes, ni siquiera en los hoteles donde recalo cuando estoy de viaje, cosa que me fastidia enormemente porque, si pudiera vencer ese absurdo bloqueo, mi obra sería el doble de extensa. Se dice que una vez que empiezas a escribir, te abstraes del sitio en el que estás y viajas en galeones piratas, naves espaciales, carruajes reumáticos o cualquiera que sea el cacharro que atravesase el escenario de tu novela. Lo único que yo puedo decir es que sería maravilloso que así fuera.

RODÉATE DE LO QUE MÁS QUIERES

Preferencias o caprichos personales aparte, ¿cuáles son las características recomendables que ha de tener un des-

pacho? ¿Cómo debemos amueblar esa madriguera de conejo por donde, como Alicia, caeremos a un país de maravillas? Al igual que en la batcueva de Batman resulta imprescindible una supercomputadora desde la que poder vigilar hasta el último rincón de Gotham, un laboratorio forense, una pequeña enfermería y un túnel oculto tras el telón de una cascada de la que emerger con el batmóvil, y en el *locus amoenus* de los poetas siempre había un mullido prado atravesado por un arroyo cantarín, el estudio del escritor debe contar con una mesa lo suficientemente grande como para dar cabida al ordenador, las libretas de notas, los libros de consulta, los diccionarios e incluso algunas obras de nuestros escritores fetiche, esas que siempre suponen un chute de inspiración. También tiene que haber algunas estanterías, evidentemente, tanto para los libros de otros como para los nuestros. En el caso de que estemos construyendo una trayectoria profesional, ver cómo crece nuestra obra siempre es un aliciente para continuar, pues cada libro publicado es la encarnación física de una mezcla abstracta de trabajo, ilusión y miedo. Si sobra espacio, tampoco vendría mal un sillón de lectura, para descansar la espalda, cargar las pilas releyendo a otros o corrigiendo cómodamente nuestro trabajo del día. Y, por último, conviene que el despacho cuente con una ventana para poder escribir con luz natural y asomarse a ella en los momentos de descanso y reflexión. Ver la vida palpitando allí fuera nos ayuda a sentirnos menos solos y presta a nuestra labor solitaria un barniz heroico. Muñoz Molina lo clavó con su tino habitual al declarar: «Todos mis despachos han sido muy parecidos. Sitios en los que me gusta sentirme protegido y que al mismo tiempo tengan una cierta proyección al exterior».

Aparte de esto, que va al gusto de cada cual, en mi caso hay otro elemento imprescindible: el orden. No so-

porto trabajar en una mesa desordenada, pero, a juzgar por las de otros escritores, sé que hay muchos que encuentran la calma en el caos más absoluto. No obstante, por mucho que nos esforcemos en crear las condiciones ideales para la escritura, la vida tiene sus propios planes, y todos los escritores hemos tenido que escribir alguna vez escuchando el taladro del vecino o el ajetreo de los bares de la calle, porque, para quienes vivimos de la escritura, la opción de no escribir no se contempla. Nuestro tiempo vale dinero, así que tenemos que trabajar también en condiciones adversas. Casi la mitad de *El abrazo del monstruo* la escribí mientras remodelaban la fachada del edificio en el que entonces vivía, con las persianas bajadas para no ver subir y bajar el andamio de los obreros y minimizar en lo posible el estruendo de sus tareas. Estoy seguro de que ese sentimiento de injusticia se lo trasladé al personaje.

DE DÍA O DE NOCHE, ESA ES LA CUESTIÓN

Un despacho cómodo te ayudará, qué duda cabe, pero creo que también es importante que conozcamos cuál es nuestro momento del día de mayor creatividad, ese donde la imaginación es más juguetona y las frases nos salen solas, como quien dice. Hay escritores que prefieren escribir de día y otros de noche. Estos últimos se pasan el día durmiendo y escriben mientras la ciudad duerme, sin ruidos de ningún tipo, con un termo de café o un whisky al lado. Es algo que yo tampoco he hecho, supongo que al no poder practicarlo en la adolescencia por compartir habitación, no adquirí el hábito, y ahora soy escritor diurno. O más bien de mañanas. Ese es mi periodo de máxima creatividad, con la cabeza despejada y

recién duchado. Según afirma la cronobiología, también los cirujanos operan mejor por la mañana, y los profesores aprueban más exámenes. Pues lo mismo nos ocurre a muchos escritores. José Luis Sampedro, por ejemplo, se levantaba a las cinco y media de la mañana y a esas horas era cuando más lúcido se encontraba. «A medida que avanza el día me voy cansando —confesaba—. Pero esa hora primera, en la que nadie me llama, que no hay teléfono, no hay ruido, no hay molestias, para mí es fundamental. Es cuando monto mis tinglados en las novelas. El resto de la mañana sigo escribiendo y ya por las tardes me voy al cine o a pasear.» Yo, al dedicarme a la escritura *full time*, no me he visto obligado a madrugar. Suelo empezar mi jornada de escritura a las nueve, tras un breve paseo para desentumecer las piernas y esbozar mentalmente lo que voy a escribir ese día.

Pero contemos con un despacho propio, un rincón en el cuarto de la lavadora o una mesa reservada en alguna cafetería, lo más importante es sentarnos a escribir sin presiones, con la misma predisposición de quien va a jugar al parchís o al dominó. No tienes que escribir una obra maestra, porque, en el fondo, eso no lo decides tú. Simplemente enfréntate a la página con tranquilidad y confianza, y escribe lo mejor que puedas, con paciencia y honestidad, pensando siempre en que alguien tendrá que leerlo, que no es un diario en clave que solo has de entender tú. Y, sobre todo, diviértete y disfruta de la posibilidad de ser otros. La escritura te permite ser un pirata o un espía o un alienígena o un jorobado enamorado, o incluso un animal. Te permite tener otra moral, vivir amores imposibles y hasta morir heroicamente en una guerra. Puedes hasta ser un escritor que ha escrito una obra maestra.